

PRESENTACIÓN

Ilustrísimo sr. alcalde D. Alfonso Medina Fuentes, Sr. Reverendo padre D. Francisco Agüero Zamora, Sr. Presidente de la cofradía de Nuestro Padre Jesús de Nazareno y Santísima Virgen María del Primer dolor D. Manuel Barrero Ruiz, Estimados cofrades, Amigas y amigos de Sabiote

No es fácil explicar lo que en este momento siento. Hoy tengo la oportunidad de dirigir unas palabras en Sabiote, a mi hermandad, a mi gente; la que me vio crecer entre las piedras de este pueblo lleno de historia enclavado en alta roca y rodeado antaño de viñas y trigales y hoy de olivares. Con vosotros compartí las ilusiones de una infancia feliz y una juventud comprometida con nuestro pueblo, y ahora en mi madurez, trato en la medida de lo posible, seguir participando con vosotros de todas nuestras tradiciones. No quisiera olvidarme de quienes ya no están con nosotros, si bien, como creyentes que somos, sabemos que están siempre a nuestro lado tratando de ayudarnos en todas las actividades de nuestra vida.

Gracias a mi amigo Juan Calvente Torres, por haberme dedicado tan cálidas palabras, sin duda producto de nuestra amistad. Nos hemos criado juntos y como hermanos hemos visto asomar el rostro del Nazareno en las monjas, hemos procesionado con Él y ambos prometimos que nuestros hijos vivirían tan sublime experiencia.

Me gustaría tener palabras suficientes para explicar lo que acontece en mi interior: por un lado alegría, por otro pavor. Mucha es la responsabilidad de aceptar dar el pregón, cuando ante mí tengo el rostro de sufrimiento de Jesús, y al lado su madre rota por el dolor de un hijo, camino de su cruz.

INTRODUCCIÓN

Mas antes de empezar pedirlos quiero perdón,
que fue grande el atrevimiento aceptar el pregón.
Pero era tan grande la oportunidad que la directiva me dio,
de poder hablar de mi hermandad,
de mostraros mi devoción,
de escribir en pocas líneas
las vivencias de mi corazón,
que no pude resistirme,
a sabiendas, no merecía tal honor.

Que mi vida está unida a Sabiote
los que me conocen lo saben,
vivo en Sevilla, y aún así
respiro su aire.

Sus gentes, sus tradiciones,
su historia grabada en piedra,
sus añejos rincones,
Su acogedora tierra.

Junto a Sabiote que me vio nacer

una segunda pasión me subyuga,
su Semana Santa, sus cristos y sus vírgenes,
mas admirando a cada uno de ellos,
Rezando a su paso,
santiguándome como cristiano,
venerando todas las imágenes,
es a mi Nazareno al que amo.

Nada sentido tendría en mí,
Si cada marzo o abril
volviera a Sabiote,
paseara por su casco histórico,
bebiera agua en la Puerta la Canal,
parada obligada en el Chiringote,
recreara mi vista en el Condado,
sus cortijos, olivares y pueblos vecinos
caminara por los arrabales
saludara a sus gentes...
Y no encontrase el olor a rosco de blanquete
que se escapa de las alacenas,
o el hornazo recién hecho,
con la masa de aceite y su huevo duro.

¿Qué sería de una primavera en la que floreciera el campo y los pájaros
enmudecieran? ¿Qué sería de mi Sabiote histórico y monumental, si no se escuchara el
tañir de los tambores, el tronar de las cornetas a través de los corrales. Ejércitos que se
preparan para la batalla. Muchachos que cada noche se reúnen para ensayar en cocheras
prestadas o bajo un cielo estrellado. ¿Quién de vosotros de pequeño no tocó un tambor?
Aquellas latas de tomate con las que emulábamos el redoble de Paleta o el Reme. En el
fondo cada niño de Sabiote lleva dentro un tambor o una corneta.

MIS PRIMEROS PASOS COFRADES

Contar quisiera mis inicios
en esta hermandad,

De todos es bien sabido
la costumbre que en nuestro pueblo hay
de apuntar al recién nacido
a alguna de nuestras hermandades.

Dilema, que a veces,
de cabeza trae a los padres,
pues la madre es de la Expiración,
el padre de Jesús Nazareno,
la abuela del Resucitado,
el tío de La borriquita
Y del Santo en tierra, el abuelo.
Sin olvidar, que si es niña...
nada hay que hablar
pues sea la abuela o la madre
la apuntan a la Soledad.

No fue así que en mi casa ocurrió.
Sin duda por mi nacimiento tardío
nadie debió de discutir
dónde apuntar al recién nacido.
Todo ocurrió de manera singular,
se celebraba la fiesta de nuestra hermandad,
mi madre como era de esperar,
arreglome con ropa de domingo
vestido de limpio, y bien peinado
me dispuse a ir a la iglesia
con mi cordón al cuello colgado,
Por cierto que yo, no era hermano.

Terminada la fiesta
nos dirigimos al bar Nacional,
contento iba yo sin duda
pues el chocolate con torta
era por los más pequeños muy esperado
y yo por mi padre alentado
y para la cuota aprovechar
me había en la fila colocado
y me disponía a desayunar.

Fue fácil entrar.
Pronto el chocolate caliente
En gran taza llegó,
palabras de Luis el presidente
y de don Felipe la bendición.
Acabado el desayuno de hermandad
y tras la exposición del presidente

a mi mesa Periquito “el Bolo” se acercó
sin mediar media palabra
mi nombre preguntó.
Luis le dije yo.
Morcillo Torres , él añadió.
Pues bien que me conocía
que vecino mío fue
hasta el día que casó.
Y sin saber como, me apuntó.
Pasaron los recibos de Jesús
mi padre los pagó
y así es como hermano me hice yo,
gracias a Periquito astuto él
que sin duda pensó
antes que me lo quiten
a los morados lo apunto yo.
A partir de ese momento
fue en mi creciendo la fe
afianzándoseme el sentimiento
a esta hermandad de penitencia
con ella poco a poco creciendo
en lo que son mis vivencias.

LA VERÓNICA NOS VISITABA.

Me preguntabas, Aurora, quién era esa señora de la que hablaba. Algunas veces como niña que eras, no saciabas tu afán de saberlo todo. Me habías escuchado hablar de la Verónica, tenías curiosidad por saber quién era esa mujer. Yo de tu edad tenía mis dudas, no sabía si se trataba de una santa o una virgen. La Verónica, decía mi abuela, es una mujer santa. Aunque la iglesia no se haya pronunciado sobre ello, para nosotros siempre tuvo algo de santidad, quien es capaz de limpiar el rostro a un Jesús ensangrentado, quien estuvo tan cerca del Salvador, no puede sino haber recibido bondad.

Aurora, te diré que esa señora nos visitaba cada primavera. Las tulipas, los jarrones, las flores de plástico, el almidón... Del arca primero y luego de los cajones aparecían las enaguas blancas, el túnico negro y tres caras pintadas en un delantal. Todo esto me recordaba que pronto ella llegaría a casa. La Verónica formaba parte de nuestra familia, de hecho, había sido mi abuela Ana M^a Navarrete Ruiz quien la había encargado al famoso imaginero Palma Burgos.

Mi abuela viuda, vivía con nosotros, y rara vez salía a la calle, era esa la razón por la que reclamaba a los hermanos que la santa fuese trasladada de la iglesia a casa para ser vestida.

El hueco de la escalera, era el altar provisional. Como ya conté en alguna ocasión, me producía respeto.

Bajo el capirote, siendo un muchacho procuraba ponerme junto a ella. Me sentía orgulloso, presumía ante mis amigos de que ella era de mi abuela y por tanto mía. Cosas de críos. Todavía hoy sigo inconscientemente situándome junto a ella en la procesión, la sigo observando de reojo y me traslado a los años de mi infancia, en la que ella esperaba ya vestida de fiesta a que los hermanos la trasladasen de nuevo al templo. Vestida de negro terciopelo, con tocado blanco en la cabeza procesionó por nuestras calles.

Paseó así siempre, de negro, de luto. Cada Viernes Santo, ella, la mujer valiente, capaz de desafiar a los soldados y besar con su paño el rostro sagrado de un hombre dolorido. Hacía su parada frente a mi casa. Mi abuela, desde el postigo de su habitación se santiguaba y rezaba para sus adentros.

Fallecida mi abuela, propietaria de la Verónica, mi madre tenía claro que ésta debía de pasar a propiedad de la hermandad, pues nadie mejor que ella para hacerse cargo en adelante de la imagen. Fue entonces que la Verónica, se desnudó del negro manto aterciopelado y se vistió de hebrea. Atrás quedaban otros tiempos, ni mejores ni peores, diferentes.

También Manuela nos dejó. Recuerdo con tristeza, aquel año. Aurora, tú tenías dos años recién cumplidos, esta vez eras tú la que te asomabas a la ventana junto a tu madre, también Ella paró frente a casa. Llevaba un lazo negro en su pecho, todo un detalle por parte de los directivos que en aquel momento dirigían la hermandad y que me llenaron de orgullo y emoción.

Ya sabes algo más sobre ella, tu tía Manolita podrá contarte otras historias sobre la Verónica, la santa mujer que en los preámbulos de la pasión nos visitaba.

ME MIRASTE A LOS OJOS

Recuerdas aquel año de 1996, te había hecho una promesa, saldría descalzo en la madrugada del Viernes Santo. Me concediste mi petición. Fuiste generoso conmigo. Llegado el momento de cumplir mi parte del trato me volví perezoso, no cumpliría mi promesa.

Corría el año 1998, mi madre había muerto el once de febrero. Este año se presentaba como uno de los más fríos, había nevado. Tal como estaba la meteorología salir descalzo en la procesión era una temeridad. Lo tenía muy claro, tampoco este año, saldría descalzo de madrugada. Lo dejaría para otro año... No era consciente de lo que me tenías preparado. La capa, el túnico, el capirote, los cordones, los guantes el farol... Mi hermana Manolita dio la voz de alarma: la ropa no estaba donde mi madre la solía guardar, en el armario de la abuela Ana M^a. Esta vez no estaba Manuela para ayudarnos en la búsqueda. Cómodas, cajones, alacenas, armarios... no quedó un solo rincón donde buscar, pero ni rastro del túnico. Los días iban pasando, nos hicimos mil preguntas pero ninguna obtuvo respuesta. El Jueves Santo por la mañana, a la desesperada, de nuevo buscamos minuciosamente. Desmontamos todos los armarios, registramos las habitaciones una a una. Nuestra búsqueda fue infructuosa. Dentro de mí algo me decía que no podía seguir jugando contigo. "Si no sales descalzo, no saldrás acompañándome" - Me decías.

Era una Semana Santa fría, muy fría, como pocas se recuerdan en Sabiote. Llovía en muchos lugares de Andalucía. La amenaza de suspender procesiones era una realidad. Aquel Jueves Santo por la tarde, Mi amigo Juan y su esposa Manuela, me había invitado a Linares a ver salir a su hermandad.

Cuando pasaste junto a mí, te pedí que apareciera mi túnico; pero Tú no me miraste, tu cabeza estaba ligeramente inclinada hacia la otra acera, pronto me diste la espalda. Sabías que no estaba dispuesto a cumplir mi promesa. Vi como te alejabas mientras las nubes amenazaban con su agua. Buscamos un bar donde tomar un café y refugiarnos del frío. Pasados unos minutos volví en busca de Juan, se había quedado vigilando al pequeño de sus hijos que iba procesionando vestido de Nazareno. Fue entonces que comenzó a llover. Tú Señor, volvías a tu templo, los costaleros giraron con presteza. En la acera inmóvil me encontraba observando aquella escena, los hermanos estaban tristes, todo un año de esfuerzo y preparación y apenas en doscientos metros se resumía su Semana Santa. Ésta vez sí, ésta vez sí que me mirabas, venías con prisa, con paso ligero. Llovía, te ibas acercando. -Señor, te dije: la ropa.- ¿Señor dónde está el túnico? Fue entonces que te paraste frente a mí, tus ojos y los míos no podían estar más cercanos. Eras Tú, mi Nazareno. Tu mirada me hizo estremecer, me habías hecho volver para darme una nueva oportunidad. Esta vez comprendí entre lágrimas cuanto me amabas:- Señor salgo descalzo pase lo que pase. Tú has ganado, pero dime: ¿Dónde está mi ropa de nazareno?

Cuando volví a mi casa, como un autómatasubí al granero, allí, bajo unas sábanas blancas, en las cuerdas que mi madre utilizaba para secar los trapos en los días de invierno, estaba la túnica y la capa planchada, preparada para la madrugada.

Casi un mes y medio antes, mi madre y Tú, Jesús de Nazareno, os habíais puesto de acuerdo para que yo cumpliera mi promesa. Aquella mañana no la olvidaré jamás, había llovido, charcos helados y adoquines como témpanos, y un frío que se me clavaba en los huesos. No podía volverme a tras, esta vez no. Durante el recorrido aproveché para hablar con contigo. Fueron momentos dolorosos físicamente y de gozo

espiritual. A pesar de tan hermosa experiencia me prometí a mí mismo que este tipo de promesas no las volvería a realizar.

Pasado unos años, otra vez me pusiste a prueba con mi segundo hijo Luis. Era Domingo de Resurrección, el parto se complicó, había que operar. En la soledad de un hospital de Sevilla, donde me encontraba desamparado otra vez me acordé de Ti, de mi Nazareno, estuve todo el tiempo rezando, como lo haría cualquier padre en un momento como éste... y no pude sino volver a hacer la promesa: Señor te acompañaré descalzo en tu camino al calvario. Y así lo hice. Señor perdona que les haya contado nuestro secreto a mis hermanos. Ya sé que para algunos este hecho no es nada más que una coincidencia caprichosa del destino; pero, Tú mi Nazareno, y yo, sabemos que nada fue más real.

LA MADRUGADA

Viernes santo la madrugada está fresca, se diría que helada. Aún los más jóvenes continúan su especial Jueves Santo; la sociedad está cambiando y con ella las costumbres, no seré yo quien juzgue el proceder de algunos, siempre los menos.

En la iglesia de Santa María de la Estrella “el Monumento está puesto; hermoso la mano desinteresada de los adoradores y mujeres que aman a Dios se deja notar. Bello, muy bello, las flores blancas, y los telares rojos se entretajan para presentar un delicado frontal. El olor de las flores y el incienso embauca los sentidos, el silencio lleva al recogimiento, Dios está presente en los corazones de los orantes.

Mientras Jesús de Nazareno está pasando sus últimos momentos de amargura, solo, apartado de este huerto de los olivos. Los discípulos de este siglo y mujeres oran durante la noche, treinta y tres credos, los adoradores y hermanos de Jesús y las mujeres rezan en los bancos de madera a veces en silencio, otras acompañando al rezo monótono y triste de los adoradores. No quieren que la historia se repita, Jesús en el huerto de los olivos y sus discípulos vencidos por el sueño.

En Sabiote se reza en este lugar que antaño fuera morada de las Carmelitas, a ese Jesús que pide a Dios que aparte de él ese cáliz, pero que no se haga su voluntad, sino la suya.

En la Iglesia de San Pedro está Nuestro padre Jesús de Nazareno, espera el momento de ser prendido, se encuentra roto, sabe que pronto la puerta se abrirá. Los hermanos de la cofradía, mientras el pueblo se divierte, se acercan a él y le comunica que ya llegó la hora, deben de ser las cuatro de la madrugada. Es el momento de dejar el templo que durante todo el año fue su hogar, con tristeza en su corazón, miran la cara del hijo de Dios hecho hombre y observan cuanto dolor hay en su rostro.

La plaza de Vandelvira, está más fría que nunca, la Lonja, muestra sus cuchillos helados, el Nazareno en su trono aparece ante el pueblo, no hay nada ni nadie, es como si el pueblo no lo esperase. Camino del monte Calvario, calle san Miguel arriba, continúa su soledad. Nadie en el paseo. Soledad y frío, amargo cáliz el que le espera.

Por fin llega al convento, es su última parada antes de comenzar su pasión.

SONIDO DE CORNETAS Y TAMBORES

Los tambores y cornetas suenan a los lejos. Una legión de penitentes se acercan tras ellos. La multitud se agolpa ante el acontecimiento. Curiosos algunos se preguntan qué está ocurriendo, nadie se explica qué mueve a tanta gente hacia una misma dirección

Sabiote está despierto, ni un alma resta dormida. Es viernes Santo, seis de la mañana, Nuestro Padre Jesús de Nazareno espera el momento, nervioso, con miedo, sabe que le espera el camino a la cruz, y no quiere sentirse solo.

CALLAN LOS TAMBORES

Los tambores callan, de pronto la puerta de Santa María se abre. Ahí está, es Él, el Nazareno, con su rostro dulce y tierno, sereno, su mirada al suelo, al hombro un pesado madero.

Se hace un silencio, la multitud enmudece, no se oye ni un murmullo, Sabiote aguanta la respiración hasta la extenuación. Todos callan es como si el pueblo esperase que Jesús les hablase.

MISSERERE

Los acordes del miserere
se apoderan del aire sabioteño,
hombres, niños y mujeres
clavan su mirada al reo
codo con codo
aguardan al Nazareno.

¡Es la hora!
de almas doloridas
lleno está el paseo,
un hombre aparece
es Jesús el Galileo,
sobre sus frágiles hombros
porta un pesado madero
un hombre le acompaña
le llaman el Cirineo.

Miles de ojos se empañan
ante rostro tan tierno,
sus ojos piden clemencia,
sus manos de blanco hielo
cargan nuestros pecados
con resignado silencio.

El viento acaricia el manto,
hace bailar su cabello.
La corona de espinas
deja un sangriento reguero
gotas de roja sangre
caen como lluvia al suelo.

El pueblo antes juez
ahora llora el suceso.
La música acalla las notas,
el murmullo vence al silencio

Una voz exclama:
¡Pobre Jesús Nazareno!
¿Qué pecado ha cometido
rostro tan sereno?

¡Jesús Padre nuestro!
Acuérdate de nuestros hijos,
de mi madre anciana.
de los que sufren
de los que no tienen nada.

SUENA LA CAMPANA

Toma la calle San Miguel
con paso aturdido,
es aún de noche,
escasa es la luz,
unas cuantas farolas
abren el camino a la cruz.
La calle se va estrechando.
Escortado por penitentes
el Nazareno va avanzando.
La luna sigue vigilante
Alguna lágrima deja caer
sabe que el hombre que camina
inocente, es.

El pueblo antes silencioso
ahora marcha consternado.

¿Dónde llevan al nazareno?
pregunta algún extranjero.
Camino del sacrificio
como inocente cordero.
Va camino de la iglesia
parroquia de San Pedro.

Y mientras tanto el humilde reo
sigue su triste paseo.
San Miguel se va estrechando,
los postigos se abren a su paso,
mujeres de muchos años
con rosario en mano
al Nazareno están rezando,
que ellas son madres
y doloroso fue el parto.

Tiemblan las luces de la plaza,
la multitud su llegada aguarda,
los primeros penitentes aparecen
con sus moradas capas.
La muchedumbre está helada.
Cordón de luces enfiladas
Abren camino al trono.

Cerca se oye la campana.,
pronto dormiré la madrugada.

La sombra de un hombre y una cruz
en la cal proyectada.
Muros de Vandelvira
cuyas piedras labrara,
son hoy testigos
de afrenta tan callada.
Gélidas están las piedras,
los corazones temblando,
¡Cuanto dolor en la plaza
ante semejante acto!
un inocente a la cruz va
y de todos estamos callando.

CORNETA ANUNCIA UNA MARCHA

Una leve música,
son notas de llanto,
una mujer entre todas
da los primeros pasos.
Por nombre Verónica.
En la mano lleva un paño,
ante ella un hombre cansado
hinca su rodilla en suelo,
ella limpia su rostro
Él sus ojos al cielo,
ella dobla su santo paño
y lo guarda en su pecho
el rostro de Cristo lleva
en la tela impreso.

TERMINA LA CAMPANA

Jesús entra en San Pedro,
parada obligada,
espera el sacerdote
con amables palabras,
los hijos de Sabiote
a su paso se alzan
en la iglesia se hace el silencio
y comienza la palabra.

Jesús ha comenzado su pasión
y Sabiote es ahora el pueblo,
ni una sola voz infame
contra el Nazareno se alza.
Nadie pide que suelten a Barrabás,
nadie grita: crucifícale.

No hay un Anás ni un Caifás
que pida le lleven a crucificar.
Quizás entre nosotros algún Pilatos
las manos se quiera lavar,

Sabiote es ahora la Jerusalén
sus calles, la vía dolorosa,
nuestros pecados sus espinas,
nuestra indiferencia su Gólgota.

El sol se deja ver por la Cara de la Sierra,
la mañana sigue fría,
los hermanos con sus faroles
siguen la cruz de guía.

Huele a clavel y cera.
guantes negros en las manos
se alinean en la acera,
del Nazareno los hermanos
van tapando sus cabezas.
Túnicas abotonadas,
capas que el aire vuela.
las casas encaladas
puertas entreabiertas
el gallo con su canto
el albaicín despierta.

TAMBOR

Sale el primer santo,
san Juan pie en tierra,
los rostros enmascarados
la procesión comienza
las piedras de la plaza
muestran su dureza,
un soplo inesperado
apaga algunas velas.

Al fondo en el arco
la Verónica asoma la cabeza,
lleva su paño manchado
de sangre de la realeza,
es el rostro de un hombre
que refleja tristeza.
En las andas la bailan
hermanas con gran destreza
las tulipas encendidas
alumbran su pureza.
Rostro de mujer hebrea
Que el pueblo cada año espera.

Canta de nuevo el gallo
y el Nazareno en la puerta
la luz de la aurora
su divinidad destella.
El pueblo llano en la plaza
sus miradas en Él concentran.
Respiración que se aguanta,
corazones que rezan
a un ser tan humilde
que dejó su cielo
Para morir en la tierra.

CORNETAS

Las cornetas en la boca,
las primeras notas suenan
la cruz de guía avanza
ya se encuentra en la plazoleta
san Juan con su palma
empujado por Cañeña.

El día ya ha llegado
en los balcones los niños
recién levantados,
sus caritas de sueño
bien abrigados,
que aún la mañana es fría
y el hierro está helado,
cuentan los penitentes
de uno y otro lado
buscan con diligencia
algún pariente cercano
miran los ojos enormes,
observan los guantes y manos
algún gesto que les haga
o quizás por los zapatos.

Suenan cohetes al aire,
se confunden las cornetas,
la Virgen sale a la calle
con su dolor acuestas
que un hijo lleva al calvario
si Dios no lo remedia.
Mas en las escrituras esta escrito
Y esa es su respuesta.

Miles de cruces la acompañan,

son las mujeres sabioてñas
comparten con ella su dolor
y cumplen viejas promesas.
Guardadas estuvieron las cruces
en graneros y cámaras
aguardando el momento
de poder llevarlas,
son cristos sabioてños
que recordar quieren la pasión
acompañando al Nazareno
con silencio y oración.

Sus rostros van ocultos
mas no su corazón,
son buenas gentes que caminan
que acompañan a su Dios.

Atrás quedó la muralla,
abajo el mirador,
geranios en los balcones
pétalos de hermosa flor
se apoderan de la mañana
Con su delicado olor.

Un rayo de luz
en el Nazareno se ha posado,
deja ver la faz
de hombre atormentado.
Corona de espinas
madero tan pesado
los pájaros le reciben
con su canto en los tejados.

Atrás viene la Virgen
recogido trae el manto,
entre lágrimas y sollozos
el pueblo le va acompañando.
¡Ay Jesús de Nazareno
quién fuera pájaro!
para volar a tu lado
y besar tus heridas
que están sangrando.

Los pasos en arrabal alto,
la Verónica hace su parada,
tu rostro ha limpiado,
a lo lejos en los corrales,
de nuevo canta el gallo,
en algún rincón de la tierra
alguien te ha negado.

Mas no mires señor
la ofensa del hombre malo,
mira el pueblo de Sabiote
que llora desconsolado.
¡Sabiote te ama Señor!
bien te lo ha demostrado.

Que no hay en este bendito lugar
hombre considerado bueno
que no grite conmigo ahora:
¡Viva Jesús Nazareno!

LUIS MORCILLO TORRES

**PREGÓN A NUESTRO PADRE JESUS NAZARENO
Y A MARÍA SANTÍSIMA DEL PRIMER DOLOR**

POR

LUIS MORCILLO TORRES

SABIOTE, A 16 DE MARZO DE 2007

